

**ANARCO-COMUNISMO:
SUS FUNDAMENTOS Y PRINCIPIOS**
Piotr Kropotkin

Tierra de Fuego

Piotr Kropotkin

Anarco-comunismo: sus fundamentos y principios /Piotr Kropotkin [1ª ed.]

Tenerife

Tierra de Fuego/LaMalatesta Editorial, 2010

88 p. 17,5x11

ISBN 978-84-937144-3-7

CDU 330.86

Tierra de Fuego

Apartado de Correos 618

C.P. 38205

La Laguna (Tenerife)

E-mail: grupoterradefuego@yahoo.es

LaMalatesta Editorial

C/Jesús y María, 24

28012, Madrid. Tlf. 915 391 007

www.lamalatesta.net

E-mail: editorial@lamalatesta.net

ISBN 978-84-937144-3-7

Depósito legal: SE-372-2010

Printed by Publidisa

2010

Precio: 5 euros



**ANARCO-COMUNISMO,
A CIEN AÑOS VISTA**

Piotr Kropotkin, ruso por nacimiento y ciudadano del mundo por devoción, jugará un papel fundamental en la articulación del anarquismo moderno.

De origen nobiliario, podía haber tenido una existencia más que placentera como miembro de la aristocracia rusa. Sin embargo, pronto demostró su carácter indómito, al elegir, por ejemplo, incorporarse a un regimiento militar en la lejana Siberia, llevado por su afán de conocimientos, cuando podía haber formado parte de la corte del Zar. Este hecho dejará una marca indeleble en su carácter y explicará su transición desde sus iniciales posiciones liberales hacia el socialismo y de ahí al anarquismo, al no poder permanecer impasible ante la explotación y miseria que le rodeaba.

Errará por Europa intentando conocer de primera mano las experiencias libertarias que estaban teniendo lugar, por ejemplo, en Suiza, para finalmente residir en la liberal Inglaterra, lo que sería una característica de su producción intelectual: todo cuanto escribe no es simplemente una producción erudita, consecuencia de elucubraciones intelectuales, sino consecuencias extraídas de la realidad que ha vivido.

Así, a lo largo de sus textos vemos desfilar referencias al barrio londinense de *East End*, a los cantones suizos, a Siberia, o a España, en lo que sería una especie de cartografía vital, un mapa de su vida.

Ciencia, moral y anarquismo

No será el único, aunque si el más destacado defensor de la definición de la anarquía como última fase de la evolución humana, colocando al anarquismo en igualdad de condiciones, a nivel intelectual, que otras teorías políticas que buscaban transformar la sociedad en un sentido más justo. Su labor de divulgación, en revistas científicas y de gran prestigio, contrarrestará las ínfulas de científicos con que se autocaracterizaban personajes como Marx, Engels y demás *socialistas políticos*; frente al término peyorativo de *socialistas utópicos*, Kropotkin no cesará ni un solo instante en demostrar que el anarquismo tiene unas bases científicas y que no son simples gritos de descamisados y desharrapados hambrientos, llevados por la demagogia, resumiendo su planteamiento con la siguiente frase: *No es, por lo tanto, una cuestión de fe sino de debate científico*. Su línea de argumentación, en ese sentido, es muy simple. El anarquismo es una rama del socialismo y si el socialismo tiene unas bases científicas, entonces el anarquismo también las tiene; de esta forma, contrarrestaba las críticas vertidas desde el propio socialismo sin entrar en debates espurios que sólo distraía fuerzas de la verdadera lucha.

Kropotkin tendrá que hacer frente a la contradicción de mantener su *fe*, heredada de la Ilustración, en el progreso y la realidad que le tocaba vivir, una de las épocas más florecientes en cuanto a la generación de bienes, con una verdadera revolución técnica que se suponía tenía que liberar al ser humano del trabajo y del sufrimiento, y que, sin embargo, lo que estaba generando era una verdadera fractura social con la concentración de todos los bienes y riquezas en manos de unos pocos, dejando en la indigencia a la mayor parte de la población.

Esta discrepancia podía ser solventada, según Kropotkin, mediante la teoría de la evolución. Si la humanidad había evolucionado, no por la imposición del más fuerte, sino por el apoyo mutuo y la solidaridad entre todos los miembros del grupo, era contranatural la existencia de ese creciente abismo social, que lastraba el propio devenir de la humanidad. De ahí, concluía que la sociedad debía entrar en un nuevo estadio evolutivo, un momento basado en el principio de *a cada cual según sus necesidades y de cada quien según sus capacidades*, con la desaparición de la propiedad privada y de cualquier tipo de salario, o lo que era lo mismo, la sociedad debía llegar al comunismo libertario.

Al utilizar esta línea de argumentación, Kropotkin hacía lo mismo que los que empleaban esa misma teoría de la evolución para justificar la situación de jerarquía social a través de lo que se

conocerla como *darwinismo social*. Ambas posturas transmutaban teorías biológicas para aplicarlas al análisis de la sociedad, como si las leyes que dominan la naturaleza igualmente rigieran la sociedad, unos poniendo el acento en la imposición del más fuerte (lucha por la existencia) y los otros, con Kropotkin a la cabeza, destacando la colaboración entre los miembros del grupo (apoyo mutuo). Sin embargo, y a pesar de toda la literatura vertida para desacreditar al contrario, ambas posturas, como dos caras de la misma moneda, cometían el mismo error: antropomorfizar la naturaleza, como si esta tuviera un objetivo, fuera racional, que condujera inexcusablemente hacia la *perfección*. De ahí, si la naturaleza tiene un objetivo marcado, tiene un carácter teleológico, nada puede impedir alcanzarlo.

Obviamente, el pensamiento de Kropotkin es hijo de su época, producto de un incipiente desarrollo de las ciencias sociales, como ocurría con la sociología o la antropología, aunque eso no significa que sus críticas a la sociedad queden completamente desacreditadas. La inevitabilidad que plantea en su línea argumental no es tal, como sabemos en la actualidad ni tampoco que la ciencia sea, como era concebida por él, inocente. ¿Por qué, entonces, el pensamiento de Kropotkin sigue siendo vigente en la actualidad? Justamente por el segundo nivel de análisis: la moralidad. Junto a la racionalidad científica, añade Kropotkin, los planteamientos morales. Esta cuestión es tan importante que, en las sucesivas ediciones

del texto, le va dedicando cada vez más extensión buscando superar justamente los *inconvenientes* que suponía justificar su acción política sólo en argumentos científicos (no hay que olvidar que median treinta y tres años entre la primera edición, y su última versión, publicada en 1920). No es que Kropotkin rechazara el método científico, sino que va incorporando en su discurso la moralidad hasta el punto que, su última obra, inconclusa, la dedica concretamente a estudiar la moralidad desde una perspectiva libertaria. Justamente ese carácter moral de su pensamiento, había conducido a Kropotkin a renegar de su pasado aristocrático y dedicarse de lleno a intentar emancipar a la humanidad; entiéndase humanidad por los desheredados, de ahí su constante recurso a contrastar la situación de los que lo tenían todo y los que, trabajando de sol a sol, vivían en la indigencia: en su argumentación, dispara directamente contra los sentimientos, con imágenes vívidas cotidianas. Sentimos la desesperación de esa madre que ve feneceer a sus hijos delante de los escaparates colmados de productos; percibimos en nuestro cuerpo el agotamiento de los mineros, el sofoco de las tejedoras, la desesperación de los desempleados; maldecimos al ver como unos perros comen mejor que las personas... ejemplos sacados de la vida cotidiana del siglo XIX pero que, a pesar de todo el tiempo pasado, siguen siendo válidos en la actualidad en donde el Occidente pudiente muere de obesidad y colesterol, mientras el resto del mundo no tiene nada que llevarse a la boca.

La moralidad de Kropotkin, como no podía ser de otra forma, no se fundamenta en conceptos religiosos de carácter metafísicos ni en principios utilitarios, sino que busca sus raíces en la propia naturaleza humana. Coherente con sus ideas, en relación a la moralidad aplicará la misma línea argumental que había empleado para defender el apoyo mutuo como factor de evolución. Según Kropotkin, existe una moralidad innata en el ser humano, al margen de cualquier construcción social, una moralidad de carácter instintiva, que nos lleva a sufrir cuando vemos el sufrimiento alrededor nuestro, y que nos conduce a proteger al más débil, por sólo citar unos casos. De nuevo, vemos desfilar toda una batería de ejemplos que permiten reforzar sus planteamientos, ejemplos tomados de su experiencia vital, como ocurre con su crítica a aquellos filósofos que pretenden vincular el origen de la moral a la religión, citando el caso de la tribu siberiana de los Tchuktchis que, aunque no contaban con una religión formal, practicaban unos principios morales incluso superiores a los presentes en religiones como la cristiana, la budista o la islámica.

Si existe esa moralidad innata, podríamos decir instintiva, entonces queda justificada cualquier acción que permita sacarla del *marasmo* social en que ha quedado sepultada. De ahí concluye la necesidad de una revolución que permita al ser humano volver a sus orígenes, convirtiendo de esta manera

en sinónimo los términos, anarquía y humanidad en el sentido de que la única construcción social que está en consonancia con la naturaleza humana es la acracia pues, por un lado, es el objetivo final de la naturaleza (el fin de la evolución) y por otro lado, se basa en la moralidad humana.

Anarquismo y política

Es muy significativo que, hasta 1903, Kropotkin no dedique un texto específicamente a rebatir el papel jugado por los partidos obreros (*Socialism and Politics*, Freedom Press, London). Esto no significa que no cuestionara la estrategia y métodos seguidos por los partidos políticos socialistas (acceder al poder mediante la lucha electoral para controlarlo y llevar a cabo la *revolución*) ya que, según plantea, no puede existir una verdadera sociedad libre sin que el ser humano sea libre y eso nunca se logrará en tanto exista un gobierno (independiente del talante político del mismo) y siga existiendo la propiedad privada. Las palabras de Kropotkin, escritas hace más de cien años adquieren gran importancia, en cuanto a su capacidad deductiva, si tenemos en cuenta todas las ocasiones en que los marxistas han llegado al poder, cuyo caso más paradigmático, aunque no el único, fue el régimen soviético ruso (aquí habría que recordar la llegada al gobierno del Partido Laborista australiano o más recientemente, el Partido de los Trabajadores en Brasil, o los casos aberrantes de Korea o China).

Kropotkin comprende que la construcción de una nueva sociedad no puede realizarse siguiendo los principios que regían la antigua sociedad derruida, de ahí que concluya que la nueva sociedad no puede organizarse por medio de Estados y gobiernos, pues de nuevo surgirían los privilegios y jerarquías; por lo tanto, es un error el poner todas las esperanzas en la intervención política, en alcanzar parciales reformas políticas que sólo conllevan el desarrollo de una democracia formal aunque dejando en pie todo el edificio social.

El secular abstencionismo político del anarquismo, de esta manera, se basa en una clara toma de conciencia del significado de la participación en el terreno político, que no conducía a alcanzar los objetivos establecidos, y no tanto, como algunos mantenían, por la *inexistencia* de honestos representantes obreros, sino por el hecho de que mediante la participación electoral no se alcanzará ninguno de los principios establecidos por Kropotkin: ni está a favor de la evolución humana, en el sentido de mayor autogestión, ni fomenta *liberar* los verdaderos principios morales en que se basa la humanidad. Por esto, no tiene ningún sentido la moderna corriente que pretende compaginar la intervención política con posicionamientos anarquista, tan en boga en Latinoamérica, en donde partidos políticos marxistas de distintas tendencias (maoistas, trotskistas, comunistas), jugando la carta de la demagogia, intentan solventar su claro descrédito usurpan-

do las ideas e iconografía libertaria. Como muy bien define Kropotkin, anarco-comunismo no es un marxismo de corte libertario, pues ambas ideas son contrarias en sí mismas, tienen distintos objetivos y métodos. Mientras el anarquismo concibe que los medios deben estar en consonancia con los fines buscados, de ahí, por ejemplo, que se rechazara el uso de la violencia, lo que se conocería como propaganda por el hecho, como medio para alcanzar la nueva sociedad; en cambio, el marxismo acepta que lo importante es el objetivo y que cualquier medio es válido para alcanzarlo.

En su momento, Kropotkin tuvo que hacer frente a este tipo de tergiversación de las ideas anarquistas, tanto fuera como dentro del movimiento libertario. El más destacado, por la virulencia que llegó a tomar la disputa y el tiempo que consumió, fue el debate en torno a si la nueva sociedad debía construirse bajo un principio colectivista o comunista. La idea defendida por los colectivistas, tomada de Bakunin quien en temas económicos estaba muy cercano a Marx (no hay que olvidar que Bakunin fue el que realizó la primera traducción al ruso del libro de Karl Marx, *El Capital*), partía del principio de que la remuneración personal debía estar en directa relación a su trabajo, a su aporte a la comunidad, mientras que los comunistas anteponían la necesidad personal sobre cualquier sistema de retribución basado en el trabajo individual. Estos últimos,

con muy buen criterio, mantenían que si existía un régimen de salarios, nunca desaparecerían las diferencias sociales; es más, se tendría que mantener un organismo encargado de determinar cuál había sido la contribución de cada uno y retribuirlo individualmente, lo que en sí suponía mantener un sistema de autoridad diferenciado del resto de miembros de la sociedad. Finalmente, ante estas fuertes contradicciones, se impondrá el comunismo libertario, o anarco-comunismo como lo definiera Kropotkin en obras esenciales como *La Conquista del Pan**. Sin embargo, por esas cosas de la historia de los términos políticos, la palabra colectivista, que sería la adecuada para designar a los seguidores de Marx, se empleó para nombrar inicialmente a los anarquistas, mientras que la de comunismo, que es más cercana a los planteamientos de Kropotkin y otros anarquistas, terminó siendo sinónimo de partido político marxista, iniciando un proceso demagógico hasta la actualidad que algunos intentan remozar pues, como afirmaba Max Nettlau, el comunismo o es libertario o no es nada, ya que un comunismo autoritario es pura contradicción.

* KROPOTKIN, Piotr, *La Conquista del Pan*, La Malatesta/Tierra de Fuego/Libros de Anarres, Madrid-Tenerife-Buenos Aires, 2008.

**ANARCO-COMUNISMO:
SUS FUNDAMENTOS Y PRINCIPIOS**
Piotr Kropotkin

I

El Anarquismo, el sistema socialista sin gobierno, tiene un doble origen. Es una rama de los dos grandes campos de pensamiento en lo económico y lo político que caracterizaron el siglo XIX, y en concreto su segunda mitad. En común con todos los socialistas, los anarquistas mantienen que la propiedad privada de la tierra, el capital y la maquinaria ya ha tenido su tiempo; estos están condenados a desaparecer, y todo lo que sea necesario para la producción debe, y será, una propiedad comunal de la sociedad, siendo gestionado de manera colectiva por los productores de la riqueza. Y en común con los más avanzados representantes del radicalismo político, mantienen que el ideal de la organización política de la sociedad pasa por reducir las funciones del gobierno a lo mínimo, recuperando el individuo plena libertad de iniciativa y acción para satisfacer, por medio de grupos y federaciones, libremente constituidos, las infinitas necesidades de los seres humanos.

Como provenientes del socialismo, la mayoría de los anarquistas han llegado a sus últimas consecuencias, esto es, a la completa negación del siste-

ma de salarios y al comunismo. Y en relación a la organización política, vinculado a su total desarrollo del anteriormente mencionado programa político radical, han llegado a la conclusión de que el fin último de la sociedad es la reducción de las funciones del gobierno a la nada —esto es, a una sociedad sin gobierno, a la *an-arquía*. Los anarquistas sostienen, además, que tal principio de organización social y política, no debe quedar supeditado a un tiempo futuro, sino que sólo aquellas transformaciones en nuestra organización social que estén de acuerdo con ese doble ideal planteado, y que suponen un acercamiento al mismo, pueden cambiar el modo de vida y suponen un beneficio para el bienestar común.

El método seguido por los pensadores anarquistas es completamente divergente con el seguido por los utopistas. Los pensadores anarquistas no se apoyan en conceptos metafísicos (como pueden ser los *derechos naturales*, las *obligaciones del Estado*, y similares) para establecer lo que es, según ellos, las mejores condiciones para alcanzar la más alta felicidad humana. Siguiéron, por el contrario, el curso marcado por la moderna filosofía de la evolución, sin transitar, sin embargo, por el escurridizo camino de las simples analogías que tanto empleó Herbert Spencer. Han estudiado la sociedad humana en la actualidad y en el pasado; y sin dotar a la humanidad, tanto individual como colectivamente,

de unas cualidades superiores que en sí no posee, han considerado a la sociedad como una agregación de organismos que tratan de hallar el mejor modo de combinar los intereses individuales con los de la cooperación por el bienestar de la especie. Han estudiado la sociedad y han tratado de descubrir sus *tendencias*, tanto en el pasado como en el presente, sus necesidades de crecimiento, intelectual y económico, y según sus principios, los pensadores anarquistas simplemente han señalado el camino que seguirá la evolución. Han distinguido entre las verdaderas necesidades y tendencias de la agrupación humana, y lo que son los accidentes (necesidad de conocimientos, migraciones, guerras, conquistas) que impiden que estas tendencias sean satisfechas o las paralizan temporalmente. Y han concluido que las dos tendencias más destacadas, generalmente de manera inconsciente, a lo largo de la historia han sido: la primera, una tendencia hacia la producción de todas las riquezas de manera comunal, de tal forma que finalmente no llegue a distinguirse la parte de la producción que responde al esfuerzo individual del comunal; y la segunda, una tendencia hacia la plena libertad individual para alcanzar todos sus objetivos, que beneficiará tanto al individuo como a la sociedad como un todo. El ideal del anarquista es, así, una simple sinopsis de lo que considera debe ser la próxima fase de la evolución. No es, por lo tanto, una cuestión de fe sino de debate científico.

De hecho, uno de los rasgos más destacados de este siglo es la expansión del socialismo y el rápido desarrollo de los planteamientos socialistas entre la clase obrera. No podría ser de otra manera. Hemos sido testigos en los últimos setenta años de un repentino incremento sin parangón de nuestra capacidad de producción, que ha supuesto una acumulación de riquezas que ha superado las expectativas más halagüeñas. Sin embargo, por culpa de nuestro sistema salarial, este incremento de los bienes —producto del esfuerzo combinado de los hombres de ciencia, de los gestores y los obreros en su conjunto— ha dado lugar a una acumulación sin precedentes de las riquezas en manos de los capitalistas, al tiempo que el incremento de la miseria y la inestabilidad es la característica del proletariado. Los obreros no cualificados, en su continua búsqueda de trabajo, han caído en una esfera de indigencia sin par. E incluso los artesanos bien remunerados y los obreros especializados, que sin duda disfrutan actualmente de una vida más confortable, trabajan bajo la permanente amenaza de caer, en cualquier momento, en las mismas condiciones que los pauperizados trabajadores no cualificados, como consecuencia de una de las reiteradas e inevitables fluctuaciones de la industria y los caprichos del capital.

El abismo entre los modernos millonarios que dilapidan el producto del trabajo en magníficos y vanos lujos, y los desposeídos que han visto reducida su existencia a la miseria y la inseguridad, crece

cada vez más, tanto que ha llegado a romper la unidad de la sociedad —la armonía de su devenir— y amenaza el progreso de su futuro desarrollo.

Al mismo tiempo, los obreros cada vez están menos predispuestos a soportar esta división social en dos clases, tomando cada vez más consciencia de la capacidad de la industria moderna para producir bienes, del papel jugado por el trabajo en la producción de esas riquezas y su propia capacidad de organización. En relación directa a la mayor participación de las distintas clases sociales en los asuntos públicos y la difusión del conocimiento entre las masas, el proletariado espera que la igualdad social sea mayor, y cada vez es más intensa su exigencia a favor de la reorganización social. No pueden ser ignorados por más tiempo. Los obreros exigen su parte de las riquezas que producen; exigen su parte en la gestión de la producción; y exigen no sólo unas migajas de los bienes, sino su derecho absoluto al pleno disfrute de la ciencia y el arte. Estas exigencias, que hasta ahora sólo eran mantenidas por los reformadores sociales, en la actualidad las hace esa minoría, que crece día a día, de trabajadores de las fábricas e incluso del campo. Y al avenirse a nuestro sentido de la justicia, han encontrado el apoyo de una creciente minoría entre las propias clases privilegiadas. El Socialismo se ha convertido, de esta manera, en la idea del siglo XIX, y ninguna coerción ni pseudo-reformas podrán parar su futura expansión.

Muchas esperanzas de mejora se han depositado, por supuesto, en la extensión de los derechos políticos entre la clase obrera. Sin embargo, estas concesiones, sin que vengan avaladas por las correspondientes transformaciones en las relaciones económicas, conllevarán, sin duda, desilusiones. Estas concesiones no mejorarán las condiciones de vida de la mayoría de los trabajadores. Por lo tanto, el santo y seña del socialismo es: *La libertad económica es la única base segura para la libertad política*. Y en tanto el actual sistema salarial, con sus terribles consecuencias, permanezca inalterado, la proclama socialista continuará movilizándolo al proletariado. El socialismo continuará expandiéndose en tanto no se realice su programa.

A la par que este inmenso movimiento de pensamiento económico, un movimiento similar se ha producido en relación a los derechos y la organización política, y las funciones del gobierno. El gobierno ha sufrido las mismas críticas que el capital. Mientras que la mayoría de los radicales ven en el sufragio universal y las instituciones republicanas los últimos hitos en la renovación política, unos pocos han dado un paso más allá. Todas las funciones del gobierno y del Estado, así como sus relaciones con los individuos, han sido objeto de una profunda crítica. El gobierno representativo, al generalizarse, ha puesto de relieve sus defectos. Ha quedado claro que estos defectos no son simplemente accidentales sino, al contrario, inherentes al propio

sistema. El parlamento y su ejecutivo se han mostrado incapaces para hacer frente a los numerosos asuntos de la comunidad y conciliar la diversidad de intereses, y en ocasiones opuestos, de las distintas partes del Estado. Ha quedado claro que las elecciones no permiten hallar a las personas que puedan representar a la nación, y atender, al margen de los intereses del partido, los asuntos sobre los que debe legislar. Estos defectos son tan evidentes que ha supuesto la crítica y puesta en duda de la justicia de los fundamentos del sistema representativo.

Asimismo, los peligros de la centralización gubernamental han quedado más claros cuando los socialistas han dado un paso al frente y han pedido un incremento de los poderes del gobierno para inmiscuirse en las relaciones económicas entre los individuos. La cuestión radica en si un gobierno al cual se le ha confiado la gestión de la industria y el comercio no se convertirá en un permanente peligro para la libertad y la paz y, si aún así, puede ser un buen gestor.

Los socialistas de principios de siglo no se percataron de la inmensa dificultad del problema. Convencidos como estaban de la necesidad de las reformas económicas, la mayoría no tuvo en cuenta la necesidad de libertad para el individuo. Y nos hemos encontrado con reformistas que estaban predispuestos a transformar la sociedad en un tipo de teocracia o dictadura, o incluso cesarismo, con el fin de llevar a cabo reformas de tipo socialista. De

esta manera, hemos presenciado en Inglaterra e incluso en el Continente, la fractura de los hombres con opiniones más avanzadas entre radicales políticos y socialistas, los primeros mirando con recelo a los segundos al percibirlos como un peligro para las libertades políticas que se han alcanzado en las naciones civilizadas tras una larga serie de luchas. E incluso en la actualidad, cuando los socialistas a lo largo de toda Europa han formado partidos políticos, y profesan una fe en los métodos democráticos, se mantiene entre la mayoría de personas sin prejuicios un temor bien fundado al *Volksstaat* o *Estado popular*, visto como el gran peligro contra las libertades, similar a cualquier forma de autocracia si a este gobierno se le confiase la gestión de toda la organización social incluida la producción y distribución de las riquezas.

La evolución de los últimos años ha demostrado, sin embargo, la posibilidad y necesidad de una forma de organización social superior que pueda garantizar la libertad económica sin reducir al individuo al papel de esclavo del Estado. Los orígenes del gobierno han sido cuidadosamente estudiados, y al dejar de lado todas las concepciones metafísicas como los orígenes divinos o el *contrato social*, ha quedado claro para la mayoría que tiene un origen más o menos moderno, y que sus poderes han crecido precisamente en proporción directa al desarrollo de la división de la sociedad entre clases privilegiadas y no privilegiadas a lo largo del tiempo. El

gobierno representativo ha quedado reducido a su verdadera importancia, esto es, un instrumento que ha prestado sus servicios en la lucha contra la autocracia, pero que no es el ideal para una organización política libre. Los planteamientos filosóficos que han concebido el Estado (el *Kultur-Staat*) como garante del progreso, han quedado desacreditados cada vez más cuando ha sido evidente que el progreso es mucho más efectivo cuando se produce sin la interferencia del Estado. Asimismo, ha quedado claro que futuros desarrollos en la vida social no pasan por concentrar en manos del gobierno más poder y funciones reguladoras, sino se encamina en dirección a la descentralización, tanto territorial como funcional, con la subdivisión de las funciones públicas, tanto en la esfera de la acción como en el carácter de sus funciones, como consecuencia de dejar la iniciativa a los grupos libremente constituidos de todas esas funciones que actualmente son consideradas como funciones del gobierno.

Esta forma de pensar ha tenido su expresión, no sólo en la literatura, sino, de manera limitada, en la realidad. El levantamiento de la Comuna de París, seguido por la Comuna de Cartagena —un movimiento que ha sido pasado por alto en Inglaterra— han hecho pasar una nueva página en la historia. Si analizamos no sólo estos movimientos en sí, sino igualmente la impresión que han dejado en el pensamiento y las tendencias reveladas durante la revolución comunal, podemos reconocer en ellos seña-

les que muestran como, en un futuro, las aglomeraciones humanas que tienen un mayor desarrollo social tratarán de iniciar una vida independiente; e intentarán transformar las zonas más atrasadas de una nación por medio del ejemplo, en vez de imponer sus planteamientos por medio de la ley y la fuerza o someterse a sí mismos al gobierno de la mayoría que siempre es el gobierno de los mediocres. Al mismo tiempo, el fracaso del gobierno representativo en la propia Comuna demostró que el autogobierno y la administración autónoma deben ir más allá de un simple sentido territorial. Para ser efectivos, se debe aplicar en las distintas funciones de la vida en una libre comunidad. La simple limitación territorial de la esfera de la acción gubernamental no tiene sentido —un gobierno representativo es tan nefasto en una ciudad como en una nación. La vida, de esta manera, ha fortalecido la teoría del no-gobierno, dando un nuevo impulso al pensamiento anarquista.

Los anarquistas reconocen la justicia de ambas teorías que acabamos de mencionar con respecto a la libertad económica y política, y aprecian en ellas dos manifestaciones diferentes de la misma necesidad de igualdad que son la base de todas las luchas que narra la historia. Por lo tanto, en común con todos los socialistas, los anarquistas manifiestan a los reformadores políticos: *Ninguna reforma sustancial a favor de la igualdad política y la limitación del poder de los gobiernos podrá tener lugar en tanto la sociedad esté dividida en dos*

contrincantes, y el proletariado permanezca, económicamente hablando, esclavo de sus patronos. Aunque a los socialistas estatistas igualmente le dirán: No podrán modificar las actuales condiciones de propiedad sin transformar profundamente al mismo tiempo la estructura política. Deben limitar el poder del gobierno y renunciar al parlamento. A cada nueva fase económica le corresponde una nueva fase política. A la monarquía absolutista le correspondía un sistema de servidumbre; al gobierno representativo le corresponde el dominio capitalista. Los dos son formas de imposición de clases. En una sociedad en donde la distinción entre capitalista y proletario haya desaparecido, no existirá necesidad de tales formas de gobierno; este sería un anacronismo, un perjuicio. Unos obreros libres requieren una organización libre, y no podrá tener otros fundamentos que el libre acuerdo y la libre cooperación, sin que se sacrifique la autonomía del individuo a la predominante interferencia del Estado. Un sistema no capitalista implica un sistema sin gobierno.

Con esto quiero decir que, en la emancipación de las personas frente al opresivo poder del capitalismo y el gobierno, el anarquismo es la síntesis de las dos corrientes de pensamiento más poderosas que han caracterizado nuestro siglo.

Al llegar a estas conclusiones, el anarquismo ha demostrado estar de acuerdo con las conclusiones a las que llegó la filosofía de la evolución. Al aportar luz sobre la plasticidad de las organizaciones, la filosofía de la evolución ha demostrado la admirable adaptabilidad de los organismos a las condiciones

de vida, y el consiguiente desarrollo de las necesarias facultades para una completa adaptación a su entorno así como de la indispensable libre cooperación entre sus partes. Nos hemos familiarizados con el hecho de que en todo organismo natural, la capacidad para una subsistencia en común, aumenta en proporción a cuanto mayor sea la integración de dichos componentes; y esto refuerza la opinión mantenida por los moralistas sociales en torno al perfeccionamiento de la naturaleza humana. Hemos podido apreciar como, en la larga lucha por la existencia, *el más fuerte* ha demostrado ser aquel que combina el conocimiento intelectual con los conocimientos necesarios para la producción de las riquezas, y no aquellos que actualmente son ricos porque ellos, o sus ancestros, fueron en un momento dado los más poderosos.

Al demostrar que la *lucha por la existencia* no debe ser percibida simplemente en un sentido restrictivo de lucha entre los individuos por los medios de subsistencia, sino en un sentido amplio de adaptación de todos los individuos de la especie a las mejores condiciones para la supervivencia, así como la mayor esperanza de vida y felicidad para todos y cada uno de los miembros, nos ha permitido deducir las leyes de la ciencia moral a partir de las necesidades sociales y hábitos de la humanidad. Ha quedado claro el escaso papel jugado por la ley positiva en la evolución moral, y el importante papel jugado por el natural desarrollo de los sentimientos altruistas, que surgen

tan pronto como las condiciones vitales permiten su desarrollo. Esto ha fortalecido la opinión de los reformistas sociales en el sentido de modificar las condiciones vitales para mejorar la humanidad, aunque este mejorar del ser humano mediante enseñanzas morales va en contra de lo que ocurre en realidad. Finalmente, mediante el estudio de la sociedad humana desde un punto de vista biológico, podemos llegar a la conclusión a la cual llegaron los anarquistas a través del estudio de las tendencias históricas y actuales que plantean que el futuro desarrollo del ser humano pasa por la socialización de las riquezas y el trabajo integrado, todo ello combinado con la mayor libertad individual posible.

No es una simple coincidencia que Herbert Spencer, al cual consideramos un simple divulgador de la filosofía de la evolución, haya llegado a la conclusión, cuando trata la organización política, que «esa forma de sociedad hacia la cual nos encaminamos» es «aquella en la cual el *gobierno* quedará reducido a su más mínima expresión posible, y la *libertad* se incremente lo más posible»*. Cuando,

* *Essays*, vol. III. Soy plenamente consciente que en esos mismos *Essays*, unas páginas después, Herbert Spencer contradice esta afirmación con las siguientes palabras: «No sólo afirmo que la capacidad de represión del Estado frente a los individuos y grupos, o clases sociales es un requisito, sino que igualmente defiendo que debe ejercerse de una manera más efectiva y llevarla más allá de su actual expresión» (p.145). Y aunque intenta establecer una distinción entre las (deseables) negativas y las (indeseables) positivas funciones reguladoras del gobierno, sabemos que tales distinciones no pueden establecerse en la

con estas palabras, contrasta las conclusiones de su filosofía sintética con los planteamientos de Auguste Comte, llega aproximadamente a las mismas conclusiones que Proudhon* y Bakunin**. Es más, las propias argumentaciones y ejemplos empleados por Herbert Spencer (proveer el alimento diario, las oficinas de correo, y otros) son los mismos que podemos hallar en los escritos de los anarquistas. La forma de pensar son las mismas, aunque no tenían mutuo conocimiento del trabajo realizado.

Asimismo, cuando Spencer afirma, con rotundidad, incluso con un toque de pasión (en su Apéndice a la tercera edición de *Data of Ethics*) que las sociedades humanas marchan hacia un estado en donde el altruismo se identificará con el egoísmo, «en el sentido de que la gratificación personal se convertirá en la gratificación de los demás»; y cuando afirma que «hemos demostrado, sin ningún tipo de duda, que es perfectamente posible para los organismos ajustarse a sus necesidades vitales, que la energía consumida en el bien-

vida política, y que las primeras necesariamente conducen, e incluso implican, las segundas. No obstante, debemos distinguir entre el sistema filosófico y su intérprete. Todo lo que podemos afirmar es que Herbert Spencer no está completamente de acuerdo con las conclusiones que se derivan de su sistema filosófico.

* *Idée générale sur la Révolution au XIXe*; y *Confessions d'un révolutionnaire*.

** *Lettres à un Français sur la crise actuelle*; *L'Empire knouto-germanique*; *The State's Idea and Anarchy* (en ruso).

estar general no sólo debe ser adecuada en relación a la energía consumida en el bienestar individual, sino que debe quedar subordinada de tal forma que el bienestar individual no pueda ser superior al necesario para el mantenimiento de la vida individual», en tanto las condiciones para tales relaciones entre el individuo y la comunidad sean mantenidas*, ha llegado a partir del estudio de la naturaleza a las mismas conclusiones que los precursores de la anarquía, Fourier y Robert Owen, extrajeron del estudio del carácter humano.

Cuando vemos las teorías sobre los hábitos morales perfectamente elaboradas por Brain y el filósofo francés M. Guyau, que ha señalado en su destacado trabajo las bases de una moralidad sin sanción ni obligación; cuando J. S. Mill critica tan acertadamente al gobierno representativo y debate sobre el problema de la libertad, aunque fracasa en establecer sus condiciones necesarias; cuando la moderna biología nos posibilita comprender la importancia de la libre cooperación y el apoyo mutuo en el mundo animal; cuando Lewis Morgan (en su *Ancient Society*) nos muestra el desarrollo parasitario del Estado y la propiedad en medio de las libres instituciones de nuestros antiguos ancestros, y la historia moderna sigue la misma línea de argumentación -cuando, en pocas palabras, cada año, al apor-

* Páginas 300 a 302. De hecho, se debería citar todo este capítulo, que no aparece en las dos primeras ediciones.

tar nuevos argumentos a favor de la filosofía de la evolución, se añaden al mismo tiempo nuevos argumentos a favor de la filosofía de la anarquía-, debemos reconocer que todos, aunque difieren en su punto de partida, siguen el mismo método de investigación científica. Nuestra confianza en estas conclusiones se ha visto reforzada. Las diferencias entre los anarquistas y los filósofos sólo de nombre, pueden ser inmensas en cuando a la asunción de la velocidad de la evolución y la línea de conducta que se supone deberían asumir estos últimos en tanto han podido apreciar los objetivos hacia los cuales se encamina la sociedad. Sin embargo, ningún intento científico se ha llevado a cabo para determinar la ratio de la evolución, ni se ha tenido en cuenta por parte de los filósofos evolucionistas el elemento fundamental del problema (el estado mental de las masas). Sabemos que, desafortunadamente, no tiene porqué existir coherencia entre la acción y las concepciones filosóficas, ya que entre el intelecto y la acción existe un abismo que no puede ser rellenado con simples especulaciones filosóficas, por muy profundas y elaboradas que sean estas.

Existe, sin embargo, entre los anarquistas y los filósofos de boquilla, una profunda discrepancia en un punto de vital importancia. Esta diferencia, de manera extraña, surge a partir de la discusión de los datos estadísticos, y que constituye la base de posteriores deducciones, de lo que la sociología biológica describiría como la fisiología de la nutrición.

Existe, de hecho, una gran falacia, mantenida por Spencer y muchos otros, sobre las causas de la miseria que podemos ver alrededor nuestro. Hace más de cuarenta años que se afirmó, y que es sostenido actualmente por Spencer y sus seguidores, que la miseria en las sociedades civilizadas es consecuencia de una producción insuficiente o, más bien, al hecho de *la presión demográfica sobre los medios de subsistencia*. Sería interesante investigar el origen de tal falacia, que sería fácilmente verificable; producto de errores heredados que nada tienen que ver con la filosofía de la evolución, mantenidos y potenciados por supuestos filósofos, dando lugar a cierta confusión sobre los diversos aspectos de la lucha por la existencia. No se ha señalado suficientemente la diferencia existente entre la lucha entre los organismos que no cooperan entre sí para lograr los medios de subsistencia y aquellos que sí lo hacen. En este último caso, existe cierta confusión entre aquellos grupos cuyos miembros hallan sus medios de subsistencia directamente en el reino vegetal y animal, y aquellos cuyos miembros artificialmente producen sus medios de subsistencia y que están capacitados para incrementar (hasta unos niveles impredecibles) la productividad de cada porción de la superficie terrestre. Cazadores que van de cacería en su propio beneficio o forman una sociedad para cazar juntos, actúan de manera diferente frente a los medios de subsistencia de la naturaleza con respecto al hombre civilizado que produce su propio alimento y que fabrica con máquinas todo lo nece-

sario para una vida confortable. En este último caso, -las posibilidades de la naturaleza son casi infinitas en comparación con la actual población mundial- el nivel de energía se incrementa y perfecciona precisamente en proporción a la densidad de la población y al nivel de conocimiento técnico acumulado; así, para los seres humanos que tienen los conocimientos científicos y que cooperan en la producción artificial de los medios de subsistencia y confort, la ley de Malthus justamente es al contrario. La acumulación de medios de subsistencia y confort crece mucho más rápido que el incremento de la población. La única conclusión a la cual podemos llegar a partir de las leyes de la evolución y la multiplicación de efectos es que los medios de subsistencia se incrementan en directa proporción al aumento de la densidad de población, a no ser que este crecimiento sea producido artificialmente (y de manera temporal) por cualquier defecto de la organización social. Como nuestro *poder de producción* (nuestro potencial de producción), los medios de subsistencia se incrementan rápidamente en proporción al desarrollo del conocimiento científico, con unos medios de difusión cada vez más fáciles, estimulando los ingenios previos el genio inventivo.

Si la falacia de la presión demográfica sobre los medios de subsistencia se podía mantener hace un siglo, en la actualidad no se puede seguir aceptando en tanto somos testigos de los efectos de la ciencia sobre la industria y el enorme incremento de nuestra

capacidad productiva a lo largo del último siglo. Sabemos, de hecho, que mientras el crecimiento de la población en Inglaterra fue de 16,5 millones en 1844 a 26,5 en 1883, lo que supone un aumento del 62%, el crecimiento de la riqueza nacional (como demuestra el registro en *A of the Income Tax Act*) se ha producido dos veces más rápido; ha pasado de 221 a 507,5 millones, esto es, un 130%. Y sabemos también que se ha producido un incremento de las riquezas en Francia, en donde la población permanece casi estacionaria, y que este incremento ha sido mucho más rápido en Estados Unidos, en donde la población se incrementa cada año por la inmigración.

Aunque las estadísticas que acabamos de mencionar muestran el verdadero incremento de la producción, sólo dan una leve idea de lo que nuestra producción puede lograr bajo una organización económica más racional. Sabemos perfectamente que los dueños del capital, al mismo tiempo que intentan producir más bienes con menos *manos*, continuamente intentan limitar la producción con el objetivo de vender esos bienes a un precio superior. Cuando los beneficios de un producto disminuyen, los capitalistas limitan la producción o la suspenden completamente, prefiriendo dedicar sus capitales al préstamo en el extranjero o invertirlo en minas de oro en la Patagonia. Actualmente existe una multitud de mineros en Inglaterra que se contentarían con que les permitieran extraer carbón con que abastecer de combustible barato sus hogares en

donde los niños se mueren de frío ante las chimeneas vacías. Hay miles de tejedores que sólo piden poder acceder a los telares para poder reemplazar los raídos trajes de los pobres por ropas decentes. Y lo mismo ocurre en todas las ramas de la industria. Cómo podemos hablar de falta de medios de subsistencia cuando miles de factorías permanecen desocupadas sólo aquí en Gran Bretaña, y cuando hay actualmente miles y miles de desempleados en el propio Londres, miles de hombres que se considerarían felices si se les permitiera transformar (bajo la supervisión de agricultores capacitados) las arcillas de Middlesex en ricos suelos, y cubrir con campos de cereales y huertos los prados que actualmente sólo generan unas pocas libras de mala hierba. Sin embargo, los propietarios de las tierras, de los telares y de las minas de carbón les impiden realizar esta laboral ya que el capital encuentra más ventajas en suministrar al Khedive* con harenes y al gobierno ruso con *líneas férreas estratégicas* y armas de Krupp**. Por supuesto, mantener los serrallos genera beneficios, en torno al 10 o 15% sobre el capi-

* N.T.- Término turco que corresponde al cargo de virrey. Aunque empleado con anterioridad, no será hasta 1867 cuando el gobierno otomano le dé validez jurídica.

** N.T.- La familia alemana Krupp, formó en su época el mayor consorcio industrial europeo centrado principalmente en la fabricación de armamentos, de tal modo que los cañones y fusiles producidos por la familia Krupp, se encontraban en todas las guerras que asolaron el mundo hasta 1945. En la actualidad, está integrado en el grupo empresarial ThyssenKrupp AG.

tal, y extraer el carbón no, sólo de un 3 a un 5%, siendo ésta razón suficiente para limitar la producción y hacer que los supuestos economistas reprochen a la clase obrera que su pobreza es producto de su rápida reproducción.

Hay pruebas de la directa y consciente limitación de la producción producto del hecho de que todo lo necesario está en manos de unos pocos, y que estos tienen el derecho de disponer de todo ello según su propio deseo, sin tener en cuenta los intereses de la comunidad. Igualmente, existen limitaciones indirectas e inconscientes de la producción, como consecuencia del despilfarro del producto de la labor humana en lujos en vez de aplicar esa fuerza a un incremento de la producción.

Este último hecho, no puede ser determinado mediante estadísticas aunque un paseo ante las tiendas más ricas de cualquier ciudad y una ojeada a la manera en que el dinero se derrocha actualmente, nos podrá dar una aproximada idea de esta limitación indirecta. Cuando un rico gasta miles de libras en sus establos, despilfarra de 5 a 6 mil días de trabajo, que podrían ser empleados, bajo una mejor organización social, para aportar confortables hogares a aquellos que se ven obligados en la actualidad a vivir en cualquier antro. Y cuando una dama gasta cien libras en su vestido, no podemos decir sino que malgasta dos años de trabajo que, de nuevo bajo una mejor organización, podría aportar a cientos de mujeres trajes decentes, y mucho más si se dedicara este gasto a me-

joras en los instrumentos de producción. Los predicadores tronan contra la lujuria ya que es vergonzoso despilfarrar el dinero alimentando y dando cobijo a perros de cazas y caballos cuando miles de personas viven en el *East End** con seis peniques al día, y otros miles no tienen ni siquiera esos miserables seis peniques diarios. Sin embargo, los economistas ven más allá en esta situación: cuando se gastan millones de días de trabajo cada año en satisfacer la estúpida vanidad de cualquier rico, esto supone que millones de obreros se distraigan de la manufacturación de esos instrumentos útiles que nos podrían permitir multiplicar por dos o por cien nuestra actual producción de medios de subsistencia y lo necesario para nuestro confort.

En pocas palabras, si tenemos en cuenta tanto el real como el potencial incremento de nuestras riquezas, y consideramos tanto las limitaciones directas como indirectas a la producción, que son inevitables bajo el actual sistema económico, podemos afirmar que la supuesta *presión demográfica sobre los medios de subsistencia* es simplemente una falacia, repetida, como otras muchas mentiras, sin haberse tomado el trabajo de analizarla. Las causas de los actuales problemas sociales deben buscarse, por tanto, en otro lugar.

* N.T.- Barrio londinense cerca de los muelles, en donde residían los inmigrantes y los trabajadores menos remunerados, hasta el punto de que a lo largo del siglo XIX fue sinónimo de pobreza, criminalidad y enfermedades.



Tomemos un país civilizado. Los bosques han sido talados, los pantanos drenados. Miles de carreteras y ferrocarriles se entrecruzan en todas las direcciones; los ríos se han preparado para la navegación y los puertos marítimos son de fácil acceso. Los canales conectan con el mar. Las rocas han sido perforadas con profundos pozos; miles de fábricas se diseminan sobre la tierra. La ciencia ha enseñado al ser humano a emplear la energía de la naturaleza para satisfacer sus necesidades. Las ciudades, a lo largo del tiempo, poco a poco han crecido y los tesoros de la ciencia y el arte se acumulan en estos centros de civilización. Sin embargo, ¿quiénes han hecho todas estas maravillas?

El esfuerzo combinado de numerosas generaciones ha contribuido a lograr estos resultados. Los bosques se talaron hace siglos; millones de personas han pasado años y años trabajando para drenar los pantanos, trazando las carreteras, construyendo las líneas férreas. Otros millones han levantado las ciudades y creado la civilización de la cual nos vanagloriamos. Miles de inventores, la mayoría desconocidos, muertos en la pobreza y en el olvido, han desarrollado las máquinas en donde el ser humano ve reflejado su ingenio. Miles de escritores, filósofos y científicos, apoyados por miles de compositores*, impresores y

* N.T.- Kropotkin hace referencia, no a un músico, sino a los trabajadores de las imprentas que "componían" los textos, esto es, colocaba los tipos en su caja para poder imprimirse.

otros trabajadores cuyos nombres forman una legión, han contribuido a elaborar y expandir el conocimiento, a disipar errores, a crear un ambiente de pensamiento científico, sin el cual las maravillas de nuestro siglo nunca habrían visto la luz. El genio de un Mayer y un Grove, el paciente trabajo de un Joule, seguramente han sido más importante para el actual desarrollo industrial que todos los capitalistas del mundo*; pero estos inventores, a su vez, son los hijos de la industria: miles de ingenios para transformar el calor en fuerza mecánica, y la fuerza mecánica en sonido, luz y electricidad, y lo han hecho durante años, cada día, ante los ojos de la humanidad, antes de que cualquiera de nuestros contemporáneos proclamaran el origen mecánico del calor y la correlación de las fuerzas físicas, y antes de que nosotros estuviéramos preparados para escucharles y comprender sus enseñanzas. ¿Alguien podría determinar durante cuantas décadas hubiéramos continuado siendo ignorantes de esa teoría que actualmente revoluciona la industria, si no llega a ser por la capacidad inventiva y la habilidad de todos esos obreros anónimos que mejoraron las má-

* N.T.- Julius Robert von Mayer (1814-1878), médico y físico alemán, estudió el comportamiento del calor, determinando el equivalente mecánico del mismo y enunciando el principio de la conservación de la energía. William Robert Grove (1811-1896), físico británico, realizó la primera demostración de la descomposición del agua mediante la electrólisis e inventó la batería de gas voltaico que lleva su nombre. James Prescott Joule (1818-1889), físico británico, se dedicó al estudio del equivalente calorífico de la energía mecánica, colaborando con Kelvin en el estudio de la expansión de los gases.

quinas de vapor, que perfeccionaron todas sus piezas hasta el punto de hacer el vapor más manejable que un caballo, y aplicar su uso casi a cualquier cosa? Esto es igualmente cierto para la más pequeña parte de nuestras máquinas. En cada maquinaria, incluso en la más simple, podemos leer todo su pasado, una larga historia de noches en vela, de desilusiones y alegrías, de inventos parciales y parciales mejoras que les han conducido hasta su actual desarrollo. Así, cada nueva máquina es una síntesis, el resultado de miles de inventos parciales llevados a cabo no sólo en un departamento especial de maquinarias, sino en todos los departamentos del amplio campo de la mecánica.

Nuestras ciudades, conectadas por carreteras, y fácilmente comunicadas con cualquier parte del globo, son la consecuencia de siglos de trabajo; y cada casa en estas ciudades, cada factoría, cada taller, deriva su valor, su verdadera *raison d'être** del hecho de que está situada en una porción de la tierra en donde miles o millones de personas se han juntado. Cada pequeña parte de ese inmenso todo que llamamos riqueza de las naciones civilizadas deriva su valor justamente por ser parte de ese todo. ¿Cuál sería el valor de un gran bazar o almacén londinense si no estuviera situado justamente en Londres, que se ha convertido en el territorio en donde se han juntado cinco millones

* N.T.- En francés en el original. *Razón de ser, su sentido.*

de seres humanos? ¿Y cuál el valor de nuestros pozos mineros, de nuestras fábricas, de nuestros astilleros, si no fuera por el inmenso tráfico que cruza los mares, por los ferrocarriles que transportan montañas de mercancías, por las ciudades que están pobladas por millones de personas? Por lo tanto, ¿quién es el individuo que tiene el derecho a dar un paso al frente y, colocando sus manos en la más pequeña parte de ese todo, decir que: *Yo he hecho esto; me pertenece* ¿Y quién puede de nosotros discriminar, en este inmenso todo interrelacionado, la parte que un individuo aislado puede tomar como suyo en verdadera justicia? Las casas y las calles, los canales y las vías de tren, las máquinas y los trabajos de arte, todo ha sido creado por medio del esfuerzo combinado de generaciones pasadas y presentes, de personas que viven en estas islas y personas que viven a miles de millas de distancia.

Sin embargo, ha ocurrido a lo largo de la historia que cualquier cosa que ha permitido al ser humano incrementar su producción, o incluso mantenerla, se lo han apropiado unos pocos. La tierra, cuyo valor deriva precisamente de ser necesaria para una creciente población, pertenece a unos pocos, que impiden a la comunidad que la ponga en producción. Los pozos mineros de carbón, que representan el trabajo de varias generaciones, y cuya importancia deriva de las necesidades de las industrias y ferrocarriles, del gran tráfico de mer-

cancías y la densidad de población (¿Cuál es el valor de las vetas de carbón en el Trans-Baikal?*), pertenecen también a unos pocos, que tienen el derecho, incluso, de parar la extracción de carbón si deciden darle otro uso a su capital. Las máquinas tejedoras, que en su actual estado de perfeccionamiento representan el trabajo de tres generaciones de tejedores de Lancashire, pertenecen igualmente a unos pocos; y si los nietos de cualquiera de los tejedores que inventaron el primer telar mecánico exigen su derecho a utilizar una de esas máquinas, se les dirá: *¡Quita tus manos de ella! ¡Esta máquina no te pertenece!* Los ferrocarriles, que ante todo serían montones inservibles de hierros si no fuera por la actual densidad de población, de industrias, comercio y tráfico, pertenecen a unas pocas personas, a unos pocos accionistas que no necesitan saber ni dónde está la línea férrea para obtener cada año amplios beneficios como ocurría con los reyes medievales. Y si los hijos de esos miles de obreros que murieron excavando los túneles se reunieran, andrajosos y hambrientos, y fueran a pedir pan o trabajo a los accionistas, se encontrarían enfrente las bayonetas y las balas.

* N.T.- El Trans-Baikal es la zona montañosa al Este del Lago Baikal, también denominada como Dauria, perfectamente conocida por Kropotkin pues hacia 1863 fue uno de los primeros europeos en cruzarla hasta territorio chino, lo que queda reflejado en el encargo, para la novena edición de la Enciclopedia Británica de 1888, de redactar un artículo sobre esta región.

¿Quién será el sofista que se atreva a afirmar que esta organización es justa? Lo que es injusto no puede ser beneficioso para la humanidad, y *no lo es*. Como consecuencia de esta monstruosa organización, los hijos de los obreros, cuando llegan a la edad de trabajar, no hallan terrenos para arar ni maquinaria en donde laborar, incluso aunque esté de acuerdo con vender su fuerza de trabajo por una cantidad inferior a su verdadero valor. Sus padres y abuelos contribuyeron a drenar las tierras o levantaron las fábricas, con todas sus capacidades —y nadie podría hacer más que ellos— pero ellos llegan al mundo más desvalidos que un salvaje. Si recurre a la agricultura, se le permitirá cultivar un terreno aunque a condición de que entregue parte de su producto al señor de la tierra. Si recurre a la industria, se le permitirá trabajar, aunque a condición de que de cada treinta chelines que produzca, diez o más chelines pasarán a los bolsillos de los propietarios de la maquinaria. Clamamos contra los señores feudales que no permitían a nadie asentarse en sus tierras si no le entregaban un cuarto de la cosecha, pero seguimos haciendo lo mismo que ellos, ampliando el sistema. Las formas han cambiado, pero el fondo es el mismo. Y el trabajador se ve obligado a aceptar las condiciones feudales que actualmente denominamos *libre contrato*, porque en ningún otro lugar hallará mejores condiciones. Todo ha sido apropiado por alguien; el trabajador *debe* aceptar este trato, o morir de hambre.

Bajo estas circunstancias, la producción ha tomado un camino erróneo. No se tiene en cuenta las necesidades de la comunidad, buscando solamente incrementar el beneficio del capitalista. Y teniendo que soportar nosotros las continuas fluctuaciones de la industria, con crisis que se producen periódicamente cada diez años y que dejan sin empleo a cientos de miles de personas que se quedan en la más completa miseria, cuyos hijos crecen en el arroyo, predispuestos a ingresar en prisiones o en los *workhouse**. El proletariado, que se ve incapacitado para adquirir con sus salarios las riquezas que produce, obliga a los industriales a buscar nuevos mercados entre las clases medias de otras naciones. Encuentra nuevos mercados en Oriente, en África, en cualquier sitio, incrementando, por medio del comercio, el número de sus siervos en Egipto, India o el Congo. Sin embargo, en todos los sitios encuentra competidores de otras naciones que rápidamente alcanzan su mismo nivel industrial. Esto lleva a las guerras, las continuas conflagraciones, enfrentamientos por la supremacía en el mercado mundial, guerras por la posesión de Oriente, guerras por la posesión de los mares, guerras por el derecho a imponer fuertes aranceles a las mercancías extranjeras. El estruendo de las armas europeas nun-

* N.T.- Un *workhouse* era una institución en donde las familias, a cambio de su trabajo, recibían una pobre alimentación y un insano alojamiento. Las personas que ingresaban en estas instituciones eran consideradas como pertenecientes al escalafón social más bajo.

ca cesa; toda una generación es sacrificada cada cierto tiempo, y gastamos en armamento una tercera parte de los ingresos de los Estados, unos ingresos logrados, lo sabe muy bien el pobre, con muchas penurias.

La educación es el privilegio de unos pocos. No porque no encontremos profesores ni porque el hijo y la hija del obrero estén menos capacitados para recibir instrucción, sino porque nadie puede recibir una instrucción razonable cuando a la edad de quince años debe bajar a la mina o vender periódicos por las calles. La sociedad está dividida en dos campos hostiles, y no es posible ninguna libertad bajo tales condiciones. Mientras los radicales buscan ampliar las libertades, los estadistas les contestan que un futuro incremento de la libertad conllevará la sublevación de los pobres, y esas libertades políticas que han costado tanto, son reemplazadas por la coerción, las leyes de excepción y el gobierno militar.

Y finalmente, lo injusto de nuestro reparto de las riquezas conlleva el más deplorable efecto sobre nuestra moralidad. Nuestros principios morales afirman que *debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos*; pero si un niño sigue ese principio y entrega su abrigo a un pobre que se muere de frío, su madre le reprenderá diciéndole que no tome los principios morales al pie de la letra. Si vive de acuerdo a estos principios, se quedará desnudo sin que de esta manera alivie la mi-

sería que le rodea. La moralidad está bien de boquilla, no en los hechos. Nuestros predicadores dicen: *Quien trabaja, ora*, y sin embargo, todo el mundo trata de hacer trabajar a otro por él. Dicen: *¡Nunca mientas!*, y la política es una gran mentira. Y nos acostumbramos nosotros mismos y nuestros hijos a vivir bajo esta doble moral hipócrita, y a conciliar esta moralidad mediante falacias. La hipocresía y la falacia es la verdadera base de nuestra vida. Sin embargo, la sociedad no puede subsistir bajo esta moralidad. No puede durar por más tiempo, debe cambiar, tendrá que cambiar.

La cuestión, por lo tanto, no es simplemente un problema alimenticio. Afecta a todos los campos de la actividad humana, aunque en el fondo, depende de la economía, lo que nos lleva a concluir que: los medios de producción y la satisfacción de todas las necesidades de la sociedad, han sido creados por el esfuerzo común de todos, y por lo tanto debe estar a disposición de todos. La apropiación privada de lo necesario para la producción nunca será justa ni beneficiosa. Todos deben estar al mismo nivel como productores y consumidores de las riquezas. Sólo existe un camino para que la sociedad supere estas pésimas condiciones que se han creado por medio de siglos de guerras y opresión, y esta será la única garantía para futuros progresos hacia la igualdad y la libertad, que siempre ha sido el verdadero, aunque no explicitado, objetivo de la humanidad.

II

Lo dicho anteriormente sobre la combinación de esfuerzos como origen de nuestras riquezas explica por qué la mayoría de los anarquistas ven en el comunismo la única solución equitativa como forma adecuada de remunerar el esfuerzo individual. Hubo un tiempo en que una familia, dedicada a la agricultura complementada por algunas actividades domésticas, podía considerar el grano que recolectaba y el paño simple que tejían, como algo producido por ellos mismos sin la participación de nadie más. Pero este planteamiento no era completamente correcto: estaba la roturación de los bosques y la construcción de los caminos mediante el trabajo en común; e incluso entonces, la familia podía beneficiarse de la ayuda de la comunidad, como todavía ocurre en muchas aldeas. Pero en la actualidad, con ese tejido industrial intervencional en donde cada rama se apoya en las otras, tal posición individualista no se puede sostener por más tiempo. Si el comercio del acero y la industria algodonera de este país* ha alcanzado tal nivel de desarrollo, sólo pudo ser debido al desarrollo paralelo de miles de otras industrias, grandes y pequeñas; por la extensión del sistema ferroviario; por el incremento de la capacitación tanto entre los ingenieros y como entre la masa de obreros; por cierto perfeccionamiento en la organización que lentamente se ha difundido entre

* N.T.- Kropotkin está hablando de la Inglaterra del siglo XIX.

los fabricantes; y, ante todo, por el desarrollo del comercio mundial, gracias a trabajos llevados a cabo a miles de millas de distancia. Los italianos que han muerto de cólera excavando el Canal de Suez o por la *epidemia del túnel** en el túnel de San Gothard, han contribuido más a enriquecer a este país que esa chica británica quien prematuramente ha envejecido al trabajar en una máquina en Manchester; y esta chica, a su vez, ha contribuido mucho más que el ingeniero que ha diseñado una mejora que nos permite ahorrar mano de obra en nuestra maquinaria. ¿Cómo podemos pretender determinar la parte exacta de cada uno en las riquezas acumuladas alrededor nuestro?

Nos admiramos del genio inventivo o de la capacidad organizativa de los señores del hierro, pero debemos reconocer que todo su genio y su capacidad no les reportaría ni una décima parte de lo que alcanzan obtener, si tuvieran que dedicarse a negociar con los pastores mongoles o los campesinos siberianos en vez de con los obreros e ingenieros británicos y los gerentes de su confianza. Hace un tiempo se le preguntó a un millonario inglés, que había logrado dar un poderoso impulso a una rama de la industria, cuáles eran las verdaderas causas de estos éxitos. Su respuesta fue: *Siempre he buscado al hombre más capacitado para cada puesto, dejándole*

* N.T.- *Tunnel-disease*, forma arcaica con que se denominaba a la muerte por descompresión, acuñada hacia finales del siglo XIX al generalizarse la construcción de los grandes túneles.

plena independencia, aunque, por supuesto, manteniendo yo la supervisión general. Se produjo la siguiente conversación:

-¿Nunca ha fracasado en su intento de encontrar tales personas?

-Nunca.

-Pero en la nueva rama que ha implantado ha necesitado numerosos nuevos inventos.

-Sin duda; hemos gastado miles de libras comprando patentes.

Este pequeño diálogo resume, según mi opinión, la verdad de esas empresas industriales que han sido utilizadas como ejemplos por los defensores de *una adecuada remuneración a los esfuerzos individuales* para justificar el que los gerentes de las industrias prósperas reciban millones de libras. Demuestran qué lejos están realmente del esfuerzo *individual*. Dejando de lado los miles de condicionantes que posibilitan o impiden que una persona poder demostrar plenamente sus capacidades, nos deberíamos preguntar si esas mismas capacidades darían lugar a los mismos resultados si ese mismo empresario no encontrara a gerentes de confianza y obreros especializados o si el cambio de mentalidad en muchos habitantes de este país no hubiera estimulado cientos de inventos. La industria británica es producto de la labor de la nación británica, o de Europa y la India, no de individuos aislados.

Los anarquistas no pueden mantener, como los colectivistas, que la remuneración debe ser proporcional a las horas de trabajo empleada por cada persona en la producción de las riquezas, sea la sociedad ideal, o incluso una aproximación a esa nueva sociedad. Sin entrar en la discusión de hasta qué punto el valor de una mercancía puede medirse realmente por medio del trabajo necesario en su producción, necesitaría un trabajo específico, podemos decir que el planteamiento colectivista nos parece simplemente irrealizable en una sociedad en donde se haya alcanzado a considerar todo lo necesario para la producción como un bien comunal. Tal sociedad se verá obligada a dejar de lado igualmente el sistema salarial. Nos parece imposible que el individualismo mitigado de la tendencia colectivista pueda coexistir con un comunismo parcial producto de la posesión de la tierra y la maquinaria de manera comunal, a no ser que se imponga un gobierno poderoso, mucho más poderoso que todos los gobiernos de nuestra época. El actual sistema salarial se ha desarrollado a partir de la apropiación de todo lo necesario para la producción por unos pocos; fue una condición necesaria para el desarrollo del actual sistema de producción capitalista, y no puede existir sin este, incluso si se pretende pagar a los obreros todo el valor de lo que produce y el dinero fuera sustituido por vales por horas trabajadas. La posesión comunal de los recursos para la producción conlleva el disfrute comunal de los frutos de lo producido

de manera colectiva, y consideramos que una organización social equitativa sólo puede lograrse cuando se deje de lado todo sistema salarial, y cuando cualquiera, contribuyendo al bienestar común con todas sus capacidades, pueda disfrutar igualmente de las existencias comunales de la sociedad para cubrir lo más posible sus necesidades.

Afirmamos, además, no sólo que el comunismo es un modelo social deseable, sino que el desarrollo de las tendencias de la actual sociedad pasa precisamente por el comunismo, comunismo libertario, a pesar del aparentemente contradictorio crecimiento del individualismo. En el desarrollo del individualismo (especialmente en los últimos tres siglos) vemos simplemente el intento de las personas por emanciparse del creciente poder del Capital y el Estado. Sin embargo, al mismo tiempo que se produce este desarrollo, podemos ver a lo largo de la historia hasta la actualidad, la lucha latente de los productores de los bienes por mantener el comunismo parcial de la antigüedad al mismo tiempo que intentan aplicar los principios comunistas a nuevos aspectos, tan rápido como las condiciones favorables lo permitan. Tan pronto como las comunas del siglo X, XI o XII fueron capaces de iniciar una existencia independiente, se expandió el trabajo en común, el comercio en común y un consumo parcial en común. Todo esto ha desaparecido, aunque las comunas rurales han peleado duramente para mantener sus antiguas características, teniendo éxito en muchos lugares de la Europa

del Este, Suiza e incluso en Francia y Alemania; al mismo tiempo, nuevas organizaciones sociales, basadas en similares principios, no dejan de crecer en donde las condiciones son favorables.

A pesar de la tendencia egoísta impuesta en la mentalidad pública por la producción mercantil de nuestro siglo, la propensión comunista constantemente se ve reafirmada e intenta manifestarse públicamente. Los puentes y los caminos de peaje han desaparecido frente a los puentes y vías públicas. El mismo sentido se impone en otras numerosas instituciones. Museos, bibliotecas y escuelas públicas gratuitas; parques y zonas de esparcimiento, calles pavimentadas e iluminadas, libres para que cualquiera los utilice; el suministro de agua a las viviendas privadas, cuya tendencia es que se cobre el coste exacto consumido individualmente*; los tranvías y ferrocarriles en donde se ha comenzado a introducir el abono por temporada o el precio uniforme, y que seguramente seguirá esta tendencia cuando dejen de ser una propiedad privada. Todo esto son ejemplos que señalan el camino que es de esperar seguirá el progreso.

Es en la dirección de poner lo que quieren los individuos *por encima* de la valoración de los servicios que han prestado, o puedan prestar, a la so-

* N.T.- Hay que tener en cuenta que cuando comenzó el servicio de agua corriente en las viviendas, se cobraba por edificio y no por vivienda.

ciudad. Al considerar la sociedad como un todo, tan estrechamente conectada que, el servicio prestado a cualquier individuo es un servicio prestado a toda la sociedad. El bibliotecario del British Museum no pregunta al lector los servicios previos que ha prestado a la sociedad; simplemente entrega los libros solicitados; y por una cuota, las sociedades científicas dejan sus jardines y museos a la libre disposición de cada uno de sus miembros. La tripulación de un barco de salvamento, arriesgando su vida, no pregunta a las personas de un barco que naufraga los derechos que tienen para ser rescatados, y la *Prisoners' Aid Society** no investiga el daño cometido por el presidiario liberado. Solo existen personas que necesitan una ayuda; son nuestros prójimos y no se les exige tener derechos.

Y si una ciudad, en estos momentos tan egoístas, sufre una calamidad pública, al ser asediada, por ejemplo, como París en 1871, y escasearan los alimentos, esta misma ciudad proclamará unánimemente que los primeros serán los niños y los ancianos, sin tener en cuenta los servicios prestados a la sociedad o los que puedan prestar. Y cuidará a los activos defensores de la ciudad, independientemente del grado de valentía demostrado por cada uno. No obstante, esta tendencia que

* N.T.- Sociedad que intentaba reintegrar socialmente a los delincuentes tras su paso por prisión.

actualmente existe, nadie lo puede negar, supongo que, en tanto la humanidad se libere de su dura lucha por la vida, dicha tendencia se fortalecerá. Si nuestra capacidad productiva se aplicara plenamente para cubrir las necesidades vitales; si se modificara la actual estructura de la propiedad incrementando el número de trabajadores por aquellos que ahora no producen bienes; y si los trabajadores manuales reconquistaran su lugar de honor en la sociedad, todo esto permitiría un crecimiento sin par de nuestra producción y convertir el trabajo en más fácil y atractivo, las tendencias comunistas que actualmente se manifiestan podrían inmediatamente ampliar su esfera de acción.

Teniendo todo esto en cuenta, así como los aspectos prácticos de la cuestión de cómo la propiedad privada debe transformarse en propiedad comunal, la mayoría de los anarquistas sostienen que el siguiente paso que dará la sociedad, tan pronto como el actual régimen de propiedad sufra la modificación, será en un sentido comunista. Somos comunistas, pero nuestro comunismo no es ni el del falansterio ni el de la escuela autoritaria: es anarco-comunismo, comunismo sin gobierno, un comunismo libre. Es la síntesis de los dos principales objetivos buscados por la humanidad desde los inicios de su historia: libertad económica y política.

He mantenido hasta ahora que el anarquismo significa no-gobierno. Bien sabemos que el térmi-

no *anarquía* igualmente se emplea actualmente como sinónimo de desorden. Este significado de la palabra *anarquía* implica dos suposiciones. Primero, presupone que en donde no hay gobierno existe el desorden; y segundo, que el orden, basado en un gobierno fuerte y una poderosa policía, siempre es beneficioso. Ambas implicaciones, sin embargo, no están demostradas. Existe pleno orden, podríamos decir armonía, en muchos aspectos de la actividad humana donde el gobierno, felizmente, no interfiere. Los beneficiosos efectos del orden, en algunos casos como el tipo de orden que impera en Nápoles bajo los Borbones, seguramente no será mucho mejor que el desorden iniciado por Garibaldi; igualmente, los protestantes de este país probablemente afirmarán que el desorden en las cuestiones divinas potenciado por Lutero era preferible, a cualquier nivel, que el orden que imperaba bajo el Papado. En cuanto al *orden* proverbial que una vez más se ha *restaurado en Varsovia* no hay, supongo, ninguna opinión en contra. Mientras todos están de acuerdo que la armonía es siempre deseable, no existe tal unanimidad en cuanto al orden, y mucho menos con el *orden* que se supone reina en nuestras sociedades modernas. De esta manera, no tenemos ninguna objeción a emplear la palabra *anarquía* como negación de lo que se suele describir como orden.

Empleando el término *anarquía* en el sentido de no-gobierno, queremos reflejar una pronuncia-

da tendencia en la sociedad humana. En la historia hemos visto que precisamente esas épocas en que porciones de la humanidad han acabado con el poder de sus gobernantes y han reasumido su libertad, son épocas de un gran progreso económico e intelectual. Ocurrió con el desarrollo de las ciudades libres, con sus incomparables monumentos —libre trabajo de obreros libremente asociados— que todavía testifican el resurgir del pensamiento y del bienestar de la ciudadanía; tuvo lugar con el gran movimiento que dio lugar a la Reforma, esa época en donde el individuo recuperó parte de su libertad testificada en un inmenso progreso. Y si examinamos cuidadosamente el actual desarrollo de las naciones civilizadas, descubriremos en estas un marcado y creciente movimiento a favor de limitar cada vez más las esferas de acción del gobierno así como dejar más libertad para la iniciativa individual. Tras haber experimentado todo tipo de gobiernos, y haber intentado solventar el irresoluble problema de tener un gobierno *que obliga al individuo a acatar, sin poder escapar de la obediencia a la colectividad*, la humanidad intenta actualmente liberarse a sí misma de los lazos de cualquier tipo de gobierno, y dar respuesta a sus necesidades de organización de individuos libres que buscan el mismo objetivo común.

El autogobierno, incluso para el grupo o unidad territorial más pequeña, se ha convertido en una necesidad. La ley está siendo sustituida por el

libre acuerdo, y la libre cooperación reemplaza la tutela gubernamental. Una tras otra, esas actividades que eran consideradas como funciones del gobierno en las últimas dos centurias, están siendo puestas en tela de juicio; la sociedad avanza mejor cuanto menos es gobernada. Y cuanto más estudiamos los avances realizados en esta dirección, así como la incapacidad de los gobiernos para cumplir todas las expectativas depositadas en ellos, nos vemos obligados a concluir que la humanidad, al limitar poco a poco las funciones del gobierno, marcha directamente a dejarlo finalmente en la nada. Actualmente prevemos un estado de la sociedad en donde la libertad del individuo se verá limitada, no por las leyes, obligaciones ni nada similar, sino por los propios hábitos sociales y la necesidad que sienta cada uno de hallar la cooperación, el apoyo y la simpatía de sus convecinos.

Por supuesto, la ética no gubernamental tendrá que hacer frente a las mismas objeciones que una economía no capitalista. Nuestra mente ha sido desnaturalizada por diversos prejuicios sobre la función providencial del gobierno que los planteamientos anarquistas *son* recibidos con recelo. Nuestra educación, desde la niñez hasta la tumba, nos ha mediatizado para creer en la necesidad de un gobierno y sus efectos benéficos. Se ha creado todo un sistema filosófico que apoya este punto de vista; la historia ha sido redactada bajo esta óptica; las teorías del derecho se difunden y enseñan con

el mismo propósito. Toda la política se basa en este principio, y todo político le dice al pueblo que él quiere defenderlo: *Entréguenme el poder del gobierno; los liberaré de las penurias de su actual vida.* Toda la educación está impregnada con tales enseñanzas. Podemos abrir cualquier libro de sociología, historia, derecho o ética y en todos hallaremos el gobierno, su organización, sus hechos, jugando un papel tan preeminente que nos hemos acostumbrado a suponer que el Estado y los políticos lo son todo, que no hay nada más allá del gran estadista. La misma doctrina se repite diariamente en la prensa. Todas las columnas están saturadas con resúmenes de los debates parlamentarios y los movimientos realizados por los políticos. Y mientras leemos estas columnas, solemos olvidarnos que al lado de estos pocos hombres, cuya importancia ha sido tan hinchada como para hacer sombra a la humanidad, existe un inmenso grupo de personas, de hecho, toda la humanidad, naciendo y muriendo, viviendo felices o con penas, trabajando y consumiendo, pensando y creando.

Sin embargo, si somos capaces de dejar de lado ese material impreso y echamos un amplio vistazo a la sociedad como en verdad es, nos daremos de bruces con el hecho del ínfimo papel jugado por el gobierno en nuestras vidas. Millones de seres humanos viven y mueren sin haber tenido nada que ver con el gobierno. Cada día, millones de transacciones son realizadas sin la más mínima inter-

vención del gobierno; y aquellos que llegan a un acuerdo no tienen ni la más remota intención de romper esos acuerdos. Y muchos de esos acuerdos, que no están protegidos por el gobierno, como pueden ser el intercambio de productos o la venta a plazos*, suelen ser más respetados que cualquier otro. El simple hábito de respetar la palabra dada, el deseo de no perder la confianza, es lo suficientemente fuerte en la mayoría de los casos como para respetar los acuerdos. Por supuesto, se puede decir que ahí está el gobierno para hacerlos respetar si fuera necesario. Sin embargo, y sin hablar de los innumerables casos que nunca podrán llevarse ante un juez, todo el mundo que haya tenido el más mínimo contacto con el comercio, no dudará en confirmar que, si no existiera un poderoso sentimiento de la honorabilidad que hace mantener los acuerdos, el comercio en sí sería completamente imposible de realizar. Incluso aquellos comerciantes y fabricantes que no tienen el menor escrúpulo para envenenar a sus consumidores con todo tipo de abominables drogas, falseando las etiquetas, incluso estos mantienen sus acuerdos comerciales. Si tal relativa moralidad, en forma de honestidad mercantil, existe bajo las actuales condiciones, en donde el enriquecimiento es el principal objetivo,

* N.T.- Kropotkin, al hablar de la venta a plazos, hace referencia en este caso a la venta al por menor en las tiendas de los barrios, en donde no se firman contratos ni letras de cambio, y que depende de la mutua confianza entre el tendero y el comprador.

el mismo sentimiento podrá desarrollarse muy rápidamente tan pronto como el robo de los frutos del trabajo de los demás no sea la base económica de nuestra vida.

Otra característica destacada de nuestro siglo nos señala igualmente esa tendencia no gubernamental. Es el creciente campo cubierto por la iniciativa privada, el creciente desarrollo de grandes organizaciones resultantes del mero y simple libre acuerdo. Los ferrocarriles cubren Europa, por medio de una confederación de numerosas sociedades, y el transporte directo de pasajeros y mercancías circula por numerosas líneas que han sido levantadas independientemente y que se han federado juntas, sin que exista una Oficina Central de Ferrocarriles Europeos, ejemplifican claramente lo que se ha hecho hasta ahora mediante el simple acuerdo. Si hace cincuenta años alguien hubiera predicho que las líneas férreas levantadas por muy diversas compañías independientes, finalmente constituirían esa perfecta red que es en la actualidad, seguramente hubiera sido tratado como un idiota. Se puede afirmar que esas compañías, buscando su propio interés, nunca hubieran estado de acuerdo con una Oficina Internacional de Ferrocarriles, creada por una Convención Internacional de Estados Europeos, y fortalecida con los poderes gubernamentales. Sin embargo, tal Oficina nunca fue creada, y no obstante, se alcanzó un acuerdo. La holandesa Beurden, o asociación de

propietarios de navíos y barcos, ejerce en la actualidad su influencia sobre los ríos de Alemania e incluso sobre el tráfico marítimo en el Báltico. Las numerosas asociaciones de fabricantes, y los *syndicates** de Francia, son claros ejemplos de lo afirmado hasta ahora. Se puede argumentar que muchas de estas entidades son organizaciones para explotar una actividad, aunque esto no demuestra nada, porque, si personas que buscan su propio interés egoísta, generalmente muy limitado, pueden ponerse de acuerdo, seres con mejores intenciones, que buscan vincularse estrechamente con otros grupos, necesariamente se pondrán de acuerdo más fácilmente e incluso de una manera mejor.

Pero no dejan de existir también organizaciones libres determinadas por nobles objetivos. Uno de los más nobles logros de nuestro siglo es, sin duda, la Asociación de Salvamento Marítimo. Desde sus humildes orígenes, que todos podemos recordar, ha salvado no menos de treinta y dos mil vidas humanas. Esto lo hace apelando a los nobles instintos de las personas, y su actividad depende plenamente de la dedicación a la causa común, en tanto su organización interna se basa en comités locales independientes. La Asociación de Hospitales y cientos de organizaciones similares, que operan a gran escala y

* N.T.- Kropotkin emplea el término francés de *syndicate*, en el sentido de organización en donde cada uno de sus miembros está en igualdad en cuanto a su poder de decisión, y no como simple organización obrera como se entiende en castellano el término.

cubren cada una un amplio campo de actuación, deberían ser nombradas aquí. Sin embargo, mientras sabemos todo sobre los gobiernos y sus hechos, ¿qué sabemos de los logros alcanzados por la libre cooperación? Miles de libros se han escrito para registrar los actos de los gobiernos; el más nimio cambio en las leyes ha sido registrado; sus efectos benéficos han sido exagerados, sus efectos negativos se han silenciado. Pero, ¿dónde está el libro en donde se recogen los logros de la libre cooperación de personas bienintencionadas? Cientos de sociedades se constituyen cada día para dar satisfacción a alguna de las infinitas necesidades del hombre civilizado. Tenemos sociedades para todos los tipos de estudios, algunas de ellas dedicadas a las ciencias naturales en su conjunto, otras limitadas a una rama concreta; sociedades para la gimnasia, para la taquigrafía, para el estudio de un autor distinguido, para todo tipo de juegos y deportes, para el desarrollo de la ciencia para alargar la vida y para los seguidores del arte de la destrucción de la misma; filosóficas e industriales, artísticas y anti-artísticas; para trabajos importantes y por el puro deleite, en pocas palabras, no existe un solo sentido en donde el ser humano ejercite sus facultades en donde no se combine con otros para alcanzar cualquier objetivo común. Cada día se crea una nueva sociedad, mientras cada año las más antiguas se asocian juntas en grandes unidades, federadas más allá de las fronteras nacionales, y cooperan en un trabajo común.

La más destacada característica de estas numerosas organizaciones libres es que continuamente ocupan aspectos que anteriormente eran dominios del Estado o los Municipios. Un cabeza de familia en una villa de Suiza en torno al Lago Lemán, actualmente puede pertenecer a más de una docena de diferentes sociedades que le aportan lo que hasta ahora se consideraba una función del gobierno municipal. La libre federación de comunas independientes con un fin temporal o permanente, es la base de la vida en Suiza, y muchas zonas están en deuda con estas federaciones que han levantado sus carreteras y fuentes, sus viñedos, sus bosques perfectamente mantenidos, y sus praderas que son la admiración de los extranjeros. Y junto a estas pequeñas sociedades, que llegan a sustituir al Estado dentro de sus limitadas esferas de acción, ¿no vemos otras sociedades haciendo la misma labor a gran escala? Cada *burgués* alemán está orgulloso de su ejército, pero pocos saben que buena parte de su fortaleza proviene de las numerosas sociedades privadas dedicadas a los estudios militares, a realizar maniobras y juegos militares; ¿cuántos de estos comprenden que su ejército se volvería una incoherente masa de hombres el día en que cada soldado no venga motivado por los sentimientos que les inspiren en la actualidad? En este país, incluso la cuestión de la defensa del territorio, esto es, la fundamental y principal función del Estado, ha sido asumida por un ejército de voluntarios, y que este cuerpo militar seguramente podría enfrentarse a cual-

quier ejército de esclavos que obedecieran a un despotismo militar. Es más, se ha hablado en serio de constituir una sociedad privada para defender las costas de Inglaterra. Si se logra crear esta asociación, seguramente será un arma más efectiva para la autodefensa que los barcos reforzados de la marina*. Una de las sociedades más destacadas que ha surgido recientemente sin duda es la Cruz Roja. La carnicería humana en los campos de batallas, cumpliendo su deber con el Estado, aunque ese mismo Estado reconozca su incapacidad para cuidar a sus propios heridos, fue lo que le llevó a dejarlos en manos, en gran medida, de la iniciativa privada. ¡Qué lluvia de burlas hubiera recibido el pobre *utópico* que se hubiera atrevido a decir hace veinticinco años que el cuidado de los heridos quedaría en mano de sociedades privadas! *¡Nadie acude a un lugar peligroso! ¡Los hospitales se levantan en donde no son necesarios! Las rivalidades nacionales dan lugar a que el pobre soldado muera sin ningún tipo de ayuda, etc.*, tales podrían ser los alegatos al respecto. La guerra de 1871 demostró cual perspicaces son esos profetas que nunca han creído en la inteligencia, dedicación y buen sentido humano.

Estos hechos, tan numerosos y habituales que no les prestamos atención, son, en nuestra opinión, una de las características más destacadas de la se-

* N.T.- A lo largo del siglo XIX, los navíos militares se vieron reforzados con placas de metal para protegerlos.

gunda mitad del siglo XIX. Los organismos que acabamos de mencionar se han desarrollado de manera tan natural, expandiéndose tan rápidamente y con tanta facilidad se han conjuntado, como consecuencia inevitable de la multiplicación de las necesidades del hombre civilizado, reemplazando perfectamente las interferencias del Estado, que los ha convertido en un creciente factor en nuestra vida. El progreso moderno pasa en verdad por la libre agregación de individuos libres, llegando a suplantarlo al gobierno en todas las funciones que antiguamente le eran propias, y que había ejecutado tan pésimamente.

En cuanto al parlamentarismo y el gobierno representativo, estos rápidamente han caído en decadencia. Los pocos filósofos que actualmente han señalado sus defectos, lo único que han hecho es sencillamente resumir el creciente descontento popular. Es más que evidente que es completamente estúpido elegir a unas pocas personas y encomendarles la tarea de hacer las leyes sobre todas las cuestiones posibles, asuntos sobre los cuales, la mayoría son unos profundos ignorantes. Ha quedado claro que el gobierno de la mayoría es tan anormal como cualquier otro tipo, y la humanidad ha buscado y hallado nuevos métodos para resolver estas cuestiones. La Unión Postal no elige un parlamento postal internacional con el objetivo de hacer leyes para todas las organizaciones de correos adheridas a la Unión. Los ferrocarriles de Europa, no eligen un parlamento ferroviario

internacional con el objeto de regular el tránsito de los trenes y la participación en los ingresos por el tráfico internacional. Y las sociedades meteorológicas y geológicas de Europa no eligen ningún parlamento meteorológico o geológico para levantar estaciones polares o para establecer una uniforme subdivisión de las formaciones geológicas y una uniforme coloración de los mapas geológicos. Todos ellos actúan por medio de pactos. Para llegar a un acuerdo, convocan congresos, aunque, cuando envían los delegados a sus congresos, no seleccionan a miembros del parlamento, *bons à tout faire**; no les dicen que, *voten sobre todo lo que quieran, que nosotros obedeceremos*. Plantean las cuestiones y las debaten previamente; entonces, envían a los delegados, no legisladores, adecuados para la cuestión concreta que se va a discutir en el congreso. Sus delegados vuelven del congreso, no con leyes en sus bolsillos, sino con *propuestas de acuerdo*. Este es el método asumido en la actualidad (un método, de por sí, bastante viejo) para tratar las cuestiones de interés público, no el sistema de hacer leyes por medio de gobiernos representativos.

El gobierno representativo ha cumplido su misión histórica; ha dado un golpe de gracia al gobierno nobiliario, y sus debates han despertado el interés por las cuestiones públicas. Pero ver en él la forma de gobierno de la futura sociedad socialista, es cometer un profundo error. Cada fase económica de la vida

* N.T.- En francés en el original; *bueno para todo*.

conlleva su propia fase política, y es imposible trastocar las bases de la actual vida económica, la propiedad privada, sin el correspondiente cambio de las bases de la organización política. La vida ha demostrado en qué dirección se producirá el cambio. No en el incremento de los poderes del Estado, sino en el recurso a la libre organización y la libre federación de todas las ramas que en la actualidad se consideran atributos característicos del Estado.

Se pueden prever fácilmente las objeciones a lo anterior. Se dirá, por supuesto, *pero, ¿qué ocurrirá con aquellos quienes no mantienen sus tratos?, ¿con los que no están predispuestos a trabajar?, ¿con los que prefieren saltarse las leyes escritas de la sociedad o, desde una posición anarquista, las costumbres consuetudinarias? El anarquismo puede ser perfecto para una humanidad más desarrollada, no para los seres humanos de nuestro tiempo.*

Ante todo, existen dos tipos de acuerdos: el acuerdo libre, que se alcanza con el libre consenso, como una libre elección entre diferentes opciones a la cuales se enfrentan las partes en cuestión. Y está el acuerdo forzado, impuesto por una parte a la otra, y aceptado por esta última por pura necesidad; de hecho, esto no es un acuerdo en sí mismo, sólo una mera sumisión a la necesidad. Lamentablemente, la mayor parte de lo que actualmente se describe como acuerdo queda bajo esta última categoría. Cuando un obrero vende su fuerza de trabajo a un empresario, sabe perfectamente que buena parte del valor de

lo que produce será acaparado injustamente por el patrono; cuando vende su trabajo incluso con la débil garantía de seguir contratado como mucho durante seis meses consecutivos, y se ve obligado a hacer esto ya que él y su familia, de otra manera, se moriría de hambre en una semana, es una triste farsa denominar a eso un libre contrato. Los economistas modernos pueden denominarlo como libre, pero el padre de la economía política, Adam Smith, nunca cometió ese error. En tanto tres cuartas partes de la humanidad está obligada a aceptar este tipo de acuerdo, la fuerza, por supuesto, es necesaria tanto para hacer cumplir estos supuestos acuerdos como para mantener tal estado de las cosas. La fuerza, o la amenaza de la fuerza, es necesaria para evitar que los obreros tomen posesión de lo que ellos consideran que injustamente se han apropiado unos pocos; y la fuerza es necesaria para continuamente poner nuevas *naciones incivilizadas* bajo estas mismas condiciones. Los seguidores de Spencer defensores de la no violencia lo han comprendido perfectamente, y en tanto defienden el no empleo de la fuerza para transformar las actuales condiciones, saben que necesitarán de más fuerza que la que actualmente se emplea para mantenerse. En cuanto a la anarquía, es obvio que esta es incompatible con una plutocracia así como con cualquier otro tipo de cracia*.

* N.T.- Etimológicamente, este sufijo proviene del griego *kratos*, fuerza, y se emplea con el significado de gobierno, con lo cual Kropotkin hace un juego de palabras entre gobierno y fuerza.

Sin embargo, no vemos la necesidad de la fuerza para reforzar acuerdos libremente tomados. Nunca hemos oído que a alguien se le imponga una pena por pertenecer a la tripulación de un bote salvavidas y en un momento determinado decida abandonar dicha asociación. Todo lo que sus camaradas llegarían a hacer, en caso de que fuera culpable de una terrible negligencia, es no volver a tener ningún futuro trato con él. Nunca hemos escuchado que se le imponga una multa a los redactores del diccionario de Murray* por retrasarse en su trabajo, ni que los *gendarmes* conduzcan a los voluntarios de Garibaldi al campo de batalla. Los libres acuerdos no necesitan de la fuerza para cumplirse.

En cuanto a la tan reiterada objeción de que nadie trabajaría si no fuera obligado a hacerlo por la fuerza de la necesidad, ya se adujo suficiente antes de la emancipación de los esclavos en América así como antes de la emancipación de los siervos en Rusia. Y hemos tenido la oportunidad de apreciar esta realidad en su justa medida. No intentaremos convencer a aquellos que sólo entran en razón mediante hechos consumados. Para aquellos que razonan de esta manera, deben saber que, si esto es realmente así para una parte de la humanidad poco desarrollada, o en pequeñas comunidades o personas individuales, llevados a la desesperación por su

* James Augustus Henry Murray (1837-1915), filólogo y lexicólogo escocés, principal editor del prestigioso *Oxford English Dictionary*.

fracaso en su lucha contra unas condiciones desfavorables, esto no es cierto entre las naciones civilizadas. Entre nosotros, el trabajo es un hábito y la ociosidad un desarrollo artificial. Por supuesto, cuando ser un trabajador manual significa estar obligado a trabajar toda la vida durante diez horas al día, e incluso más, produciendo una simple parte de cualquier cosa, por ejemplo, la cabeza de un alfiler; cuando significa que recibirá un salario con el cual la familia puede subsistir sólo bajo unas condiciones de estricta limitación de todas sus necesidades; cuando significa vivir siempre bajo la amenaza del despido al día siguiente, y sabemos cuán frecuentes son las crisis industriales y la miseria que estas implican; cuando significa, en la mayoría de los casos, una muerte prematura en un hospital para pobres, si no en los *workhouse*; cuando ser un trabajador manual significa llevar la marca de inferior a los ojos de esos que viven del trabajo de esas *manos*; cuando significa siempre la renuncia de todos los placeres que la ciencia y el arte han aportado al ser humano, no es de extrañar que todo el mundo, y los trabajadores manuales los que más, tenga un solo sueño: lograr una posición en donde otros trabajen por él. Cuando vemos a escritores que presumen de que son obreros y escriben que los trabajadores manuales son una raza inferior de perezosos imprevisores, sólo nos queda preguntarnos: ¿Quién ha realizado, por lo tanto, todo lo que se puede apreciar alrededor tuyo, las casas en donde vives, las sillas, las moquetas, las calles que disfrutas, las ropas que

te pones? ¿Quién levantó las universidades en donde enseñas, y quién te proveyó de alimentos durante tus años escolares? ¿Y qué predisposición tendrías a *trabajar* si te vieras obligado a realizar, bajo tales condiciones, cabezas de alfileres? Sin dudas, sólo alguien como *tú* podría calificar a sus compañeros como perezosos. Y podemos afirmar que ningún hombre inteligente que tenga un estrecho conocimiento de la vida de la clase obrera europea, no dejará de maravillarse, al contrario, con su predisposición al trabajo, incluso bajo tales abominables condiciones.

El agotamiento es repulsivo al ser humano, no el trabajo. El agotamiento por proporcionar a unos pocos los lujos, no el trabajar por el bienestar de todos. El trabajo es una necesidad fisiológica, una necesidad para desahogar las energías acumuladas, una necesidad que es saludable en sí misma. Si tantas labores útiles son hechas a desgana, es simplemente porque significan agotamiento, o están mal organizadas. Pero nosotros sabemos, y el viejo Franklin lo sabía también*, que con solo cuatro horas de trabajo útil al día es más que suficiente para que cualquiera pueda disfrutar del confort moderado de una casa de clase media, si todos nos dedicáramos al trabajo productivo, y si no malgastáramos nuestras fuerzas productivas como se malgastan en la actualidad.

* N.T.- Se refiere a Benjamin Franklin.

En cuanto a la cuestión infantil, repetida en los últimos cincuenta años, de *¿quién realizará los trabajos desagradables?*, francamente lamento que ninguno de nuestros *savants** lo haya tenido que hacer, aunque sólo fuera una vez en su vida. Si todavía hay trabajos realmente desagradables es porque nuestros científicos nunca han tenido la intención de buscar los medios para que deje de serlo. Saben perfectamente que hay una inmensa cantidad de personas hambrientas dispuestas a hacerlo por unos pocos céntimos al día.

Con respecto a la tercera, y más importante, objeción que mantiene la necesidad de un gobierno para castigar a aquellos que se saltan las leyes de la sociedad, habría tanto que decir que se escapa a nuestra intención**. Cuanto más estudiamos esta cuestión, más nos reafirmamos en la conclusión de que la sociedad es responsable, en sí misma, por los actos antisociales perpetrados entre nosotros, y que ni el castigo, ni la prisión, ni el verdugo puede disminuir el número de tales actos; nada se puede hacer, salvo la reorganización de la propia sociedad.

Tres cuartas partes de todos los delitos que son llevados ante nuestras cortes cada año tiene su origen, tanto directa como indirectamente, en el actual estado de desorganización de la sociedad en

* N.T.- En francés en el original, *sabio o erudito*.

** Se ha tratado esta cuestión en los dos últimos capítulos de *In Russian and French Prisons*.

relación a la producción y distribución de las riquezas, y no en la perversidad de la naturaleza humana. En relación a los relativamente pocos delitos antisociales como consecuencia de las inclinaciones antisociales de individuos concretos, no es por medio de las prisiones ni incluso mediante el recurso del verdugo, como lograremos disminuir su cuantía. Con nuestras prisiones, simplemente los multiplicamos y los hacemos más terribles. Con nuestros detectives, nuestro *pago en sangre*, nuestras ejecuciones, y nuestras celdas, extendemos en la sociedad tal terrible flujo de bajas pasiones y hábitos que cualquiera que pretenda determinar los efectos de estas instituciones en su verdadera extensión, quedaría espantado ante lo que la sociedad es capaz de hacer con el pretexto de mantener la moralidad. *Debemos* buscar otras soluciones y estos remedios hace tiempo que han sido señalados.

Por supuesto, en la actualidad, cuando una madre busque alimento y resguardo para sus hijos, pasará por delante de tiendas llenas con las más refinadas delicatessen para la más refinada gula; cuando los más maravillosos y presuntuosos lujos se exponen al lado de la más execrable miseria; cuando el perro y el caballo de un rico están mucho mejor cuidados que millones de niños cuyas madres ganan un insultante salario en las minas o en las fábricas; cuando cualquier *modesto* traje de noche de una dama representa ocho meses o incluso un año de trabajo; cuando el enriquecimiento a costa de cualquiera es el único

objetivo de las *clases altas*, y no se puede trazar una frontera clara entre los medios honestos y deshonestos para hacer dinero, la fuerza es el único medio para mantener este estado de las cosas, con lo cual un ejército de policías, jueces y verdugos se convierte en una institución necesaria.

Pero si todos nuestros hijos, todos los niños son *nuestros* hijos, recibieran formación y educación, y tenemos medios para hacerlo; si cada familia viviera en una casa decente, y lo podrían hacer ante el alto nivel de nuestra producción; si cada chico y chica recibiera una formación profesional al mismo tiempo que científica, y no se marcara al productor manual de bienes con el estigma de la inferioridad; si las personas convivieran las unas con las otras y constantemente participaran en esos asuntos públicos que en la actualidad sólo interesan a unos pocos; y si, como consecuencia de esta convivencia, nos interesáramos por las dificultades y temores de nuestros convecinos como lo hacíamos anteriormente con nuestros parientes, entonces no necesitaríamos de policías ni de jueces, de las prisiones y las ejecuciones. Los actos antisociales se cortarían de raíz, sin necesidad de castigos. Los pocos conflictos que pudieran surgir, fácilmente se solventarían por medio del arbitraje, y para imponer sus decisiones no sería necesaria más fuerza de la que se emplea en la actualidad para hacer cumplir las decisiones de los tribunales de familia en China o los tribunales del agua en Valencia.

Y en estos momentos surge una gran cuestión: ¿qué pasará con la moralidad en una sociedad que no reconoce las leyes y proclama la plena libertad del individuo? Nuestra respuesta es simple. La moralidad pública es independiente, e incluso anterior, a la ley y la religión. Hasta la actualidad, las enseñanzas morales se han asociado con las enseñanzas religiosas, pero la influencia que las enseñanzas religiosas antiguamente ejercían sobre la forma de pensar, últimamente se ha diluido, y la sanción moral derivada de la religión no tiene el mismo poder que tenía antes. Millones y millones de personas de nuestras ciudades han perdido sus viejas creencias. ¿Es esta una razón para tirar por la borda la moralidad y tratarla con el mismo sarcasmo con que tratamos la cosmogonía primitiva? Obviamente, la respuesta es que no. La sociedad no es posible sin ciertos principios morales aceptados de manera general. Si todo el mundo crece acostumbrado a engañar a sus vecinos; si nunca podemos confiar en las promesas y palabras de los demás; si todo el mundo trata a sus vecinos como a un enemigo, contra quien cualquier medio bélico es justificable, no puede existir ninguna sociedad posible. Y vemos que, de hecho, a pesar de la decadencia de las creencias religiosas, los principios de la moralidad se mantienen inamovibles. Podemos encontrar a personas ímpías guiarse por los actuales estándares de moralidad. El hecho es que los principios morales son independientes de las creencias religiosas: son anteriores a estas últi-

mas. Los primitivos Tchuktchis* no tienen religión: sólo cuentan con supersticiones y el temor a las fuerzas hostiles de la naturaleza; y a pesar de ello, nos encontraremos similares principios morales como los que se enseñan a los cristianos, budistas, musulmanes o judíos. Al contrario, algunas de sus prácticas implican unos niveles de moralidad tribal superiores a los que podemos encontrar en nuestra sociedad civilizada.

De hecho, cada nueva religión toma sus principios morales del verdadero repertorio moral, los hábitos morales que surgieron desde el mismo momento en que los seres humanos decidieron vivir juntos en tribus, en ciudades o en naciones. Ninguna sociedad animal es posible sin que dé lugar al desarrollo de ciertos hábitos morales de apoyo mutuo e incluso el autosacrificio a favor del bienestar común. Estos hábitos son una condición necesaria para el bienestar de las especies en esta lucha por la vida, la cooperación de los seres individuales es un factor mucho más importante en la lucha por la preservación de las especies que la tan traída lucha física entre individuos por los medios de existencia. Los más *fuertes* en el mundo orgánico son aquellos que se desarrollan acostumbrados a vivir en sociedad; y la vida en sociedad necesariamente implica hábitos morales. A lo largo de su existencia como

* N.T.- Grupo étnico de Siberia, perfectamente conocido por Kropotkin ya que había participado como geógrafo en una expedición científica a la zona.

género humano, este ha desarrollado un núcleo de hábitos sociales, de hábitos morales, que no puede desaparecer en tanto exista la sociedad humana, y por lo tanto, y a pesar de la influencia negativa de nuestras actuales relaciones económicas, el núcleo de nuestros hábitos morales continuará existiendo. La ley y la religión sólo los codifican y tratan de hacerlos cumplir mediante su sanción.

Independiente de las diversas teorías sobre la moralidad, todas pueden ser clasificadas bajo tres categorías fundamentales: la moralidad religiosa; la moralidad utilitaria y la teoría de los hábitos morales resultantes de las necesidades de la vida en sociedad. Toda moralidad religiosa santifica sus principios manteniendo su origen divino, e intenta imponer sus enseñanzas en la conciencia mediante la promesa de recompensas o castigos tanto en esta como en una vida futura. La moralidad utilitaria mantiene la idea de la recompensa, pero esta se halla en el propio hombre. Invita a los seres humanos a analizar lo que les da placer, a clasificarlos y dar preferencia a aquellos que son más intensos y duraderos. Debemos reconocer, sin embargo, que, aunque ha ejercido cierta influencia, este sistema ha sido calificado como demasiado artificial por la gran masa de seres humanos. Y finalmente, independiente de su variedad, está el tercer sistema moral que concibe las acciones morales, esas acciones que son las más poderosas para que el ser humano se adapte a vivir en sociedad, como simple necesidad del indi-

viduo para disfrutar con la dicha de sus hermanos, para sufrir cuando alguno de sus hermanos sufre; un hábito y una segunda naturaleza, poco a poco elaborada y perfeccionada por la vida en sociedad. Esta es la moralidad de la humanidad, y que es igualmente la moralidad del anarquismo.

No podemos ilustrar mejor la diferencia entre estos tres sistemas morales que por medio de este ejemplo. Supongamos que un niño cae a un río, y tres hombres están en la orilla: el moralista religioso, el utilitario y el hombre simple del pueblo. El hombre religioso, pensará en primer lugar que el salvar al niño le supondrá la felicidad en esta o en la otra vida, y entonces rescatará al niño; aunque si actúa de esta manera, sólo será un buen calculador, nada más. Miremos al utilitario, que se supone debería razonar de la siguiente manera: *El placer de la vida depende de la elección de lo más elevado o de lo más bajo. El salvar al niño me asegurará el más alto placer, por lo tanto, saltaré al río.* No obstante, admitamos que un hombre que razona de esta manera, de nuevo, sólo es un calculador, y la sociedad mejor no debería depender de alguien así: ¡quién sabe que falsos argumentos pueden pasar por su cabeza en cualquier momento! Y aquí tenemos al tercer hombre. No realiza cálculos pues ha crecido con el hábito de alegrarse siempre con los que le rodean, y sentirse feliz cuando los demás son felices o sufrir, profundamente, cuando los demás sufren; a actuar según su segunda naturaleza. Oirá los gri-

tos de la madre, verá al niño luchando por su vida y saltará al río como un buen perro, y salvará al niño, gracias a la fuerza de sus sentimientos. Y cuando la madre se lo agradezca, él contestará: *¿Por qué? No podía hacer otra cosa que la que he hecho.* Esta es la verdadera moralidad. Esta es la moralidad de las masas populares; la moralidad crece en forma de hábito, que subsistirá a pesar de las teorías éticas planteadas por los filósofos, hábitos que mejorarán en tanto mejoren las condiciones de nuestra existencia. Tal moralidad no necesita de leyes para mantenerse. Es un desarrollo natural favorecido por la general simpatía que cada avance hacia una moralidad más amplia y alta halla entre sus prójimos.

Estos son, de manera resumida, los más destacados principios del anarquismo. Cada uno pone en tela de juicio muchos prejuicios sociales, aunque todos son producto del análisis de las tendencias que se pueden apreciar en la sociedad humana. Cada principio conlleva multitud de consecuencias e implica la revisión de numerosas opiniones aceptadas. El anarquismo no es simplemente una visión de un futuro remoto, sino que en la actualidad, independientemente de la esfera de acción del individuo, este puede actuar de acuerdo con los principios anarquistas o en su contra. Todo lo que se haga en esa dirección estará de acuerdo con la dirección que tomarán futuros desarrollos de la sociedad. Todo lo que se haga en contra, supone forzar a la humanidad a ir por donde no se encamina.

ÍNDICE

<i>Anarco-comunismo, a cien años vista</i>	5
<i>Anarco-comunismo: sus fundamentos y principios</i>	17